

EL PEOR DÍA

Allan Guthrie

EL PEOR DÍA

Traducción Jesús María Abascal



ediciones Pàmies

Título original: *Two-way split*

Primera edición: mayo de 2008

© 2005 by Allan Guthrie

© de la traducción: Jesús María Abascal, 2008

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies

Carlos Alonso, editor

C/ Monteverde, 11

28042 Madrid

editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-15-7

Diseño de la cubierta: Javier Perea

Foto de cubierta: Chis Close/Getty Images

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

Para mi mujer Donna

PRIMERA PARTE

11 de enero de 2001

10:23

Cuatro meses y veintidós días después de abandonar la medicación, Robin Greaves sacó la silla bajo el escritorio y se sentó frente al detective privado.

Después de tanto tiempo, todo parecía seguir siendo normal.

Mientras el detective rebuscaba en un montón de papeles que había extraído de una bandeja de plástico, Robin le echó un vistazo a la oficina. No le llevó mucho. Una mesa de escritorio, las sillas en las que estaban sentados, un archivador, una sencilla alfombra gris con una muesca rectangular a la izquierda de la entrada (donde supuso que una vez descansó un mueble pesado)... y eso era todo. Detrás del detective colgaba ladeado un diploma enmarcado y sobre su cabeza pendía del techo una bombilla desnuda. La única luz natural procedía de una ventana diminuta a la derecha.

Bien, pensó Robin, allí estaba. A punto de descubrirlo, al fin. Eso era lo que quería, ¿no?

Con las manos escondidas debajo de la mesa, empezó a tocar el Concierto Italiano de Bach en sus pantorrillas, con los dedos tamborileando sobre los pantalones. El detective se lo quedó mi-

rando durante uno o dos segundos y luego regresó a la seria tarea de examinar sus papeles.

Robin dio un respingo cuando una sensación punzante en la muñeca le paralizó los dedos por un momento. Cuando el dolor agudo pasó, juntó las manos y las apretó entre las rodillas. Realizó una profunda inspiración. Aunque quería saber la verdad, parte de él prefería seguir en la inopia.

El detective tosió. Al cabo de un rato volvió a toser y comenzó a poner de vuelta cada hoja de papel, una a una, en la bandeja de la que las había sacado solo un momento antes. Cuando acabó se puso en pie despacio, como si las rodillas necesitaran aceite, y se acercó al archivador gris de tres cajones incrustado en la esquina de la habitación. Tiró del cajón de en medio. No se movió. Abrió el de arriba, manipuló una cerradura del lateral, lo cerró e intentó abrir de nuevo el cajón central. Esta vez sí cedió.

Empezó a hojear docenas de carpetas colgantes verdes, metiendo y sacando la lengua de su boca fruncida mientras buscaba la información que Robin le había solicitado.

Robin se puso en pie.

—¿Le importa que fume?

—Sí.

Robin se encogió de hombros y caminó hacia la ventana. Una salida de incendios estropeaba la visión de una pared de ladrillo a poco más de un metro de distancia. No es que fuera la vista más elegante de Edimburgo. Volvió a tamborilear sus dedos contra el cristal, escuchando el grave sonido y preguntándose por qué era tan diferente al tintineo del vidrio cuando se rompe.

—¿Va a tardar mucho? —dijo.

—Estoy con usted en un minuto.

Robin se metió las manos en los bolsillos del pantalón y flexionó las rodillas. Si inclinaba hacia atrás la cabeza lo suficiente como para estar incómodo, podía ver un jirón de cielo gris. Caminó despacio de regreso a su silla, sacó las manos de los bol-

sillos y se frotó el ojo izquierdo con el dorso de la muñeca. Se quedó sentado e inmóvil durante un rato, observando al detective. Entonces les llegó un chillido amortiguado del exterior, donde un cuervo se había posado sobre el pasamanos más alejado de la escalera de incendios. Caminó a la izquierda y se detuvo. Otros dos pasos y se volvió a parar. Miró directamente a Robin, abrió el pico y graznó.

Si trataba de decirle algo, estaba perdiendo el tiempo.

El detective cerró el cajón de un golpe y se dio la vuelta, sosteniendo entre el pulgar y el índice un sobre blanco como si se tratase de un pañuelo de papel usado. Dejó caer el sobre encima del escritorio.

Robin lo atrapó bajo su palma y dejó que la mano descansara allí mientras miraba por la ventana, viendo cómo el cuervo se iba volando.

—Adelante —dijo el detective—. Ábralo.

El sobre no estaba cerrado. Robin rebuscó en el interior y sacó un puñado de fotografías.

—Usted quería pruebas. —El detective se sentó.

Robin no dijo nada. ¿De verdad quería pruebas? ¿Quería saber, en realidad? La piel de las mejillas le picaba como si hubiese estado al sol demasiado tiempo.

Pruebas. Fotografías. No podía mirar. No quería verlas.

No mires. No lo hagas. No. Oh, mierda, ya lo has hecho.

La primera foto. Una pareja entrando en un taxi. Por sí sola no probaba nada. Dejó escapar un largo suspiro. Podrían estar yendo a tomar una copa amistosa. El hecho de la mano de él sobre el codo de ella era, bueno... Podría suponerse demasiado de un gesto de lo más inocente.

Esta era la primera visita de Robin a Investigaciones Testigo Ocular. No sabía el nombre del detective privado y nunca lo preguntaría. No le importaba. El único contacto anterior con el detective había sido telefónico.

—Necesito que vigile a alguien —había dicho Robin.

—¿Puedo preguntar por qué? —replicó el detective.

—Quiero descubrir si está... viendo a alguien. —Robin dudó—. ¿Puede hacerlo?

—Puedo.

—¿Cuánto?

—Trescientas al día.

—Entrégueme pruebas en setenta y dos horas y tendrá mil quinientas. ¿Necesita un depósito?

—No será necesario —dijo el detective—. Tan solo su nombre y un número de contacto.

—El nombre es Robin Greaves. Sin embargo, preferiría que no me llamara. Yo me pondré en contacto con usted.

—Deje que anote eso. —El detective calló durante un segundo—. ¿Cómo se llama ella?

El sonido de un arma de fuego retumbó a través de las paredes delgadas como el papel de la sala de Robin. Habría saltado si no fuese porque ya estaba acostumbrado a que el más anciano de sus vecinos viera películas del Oeste en la televisión con el volumen a tope. Dios, esto era duro. Finalmente, habló:

—Carol —dijo—. Mi mujer. —Le dio su dirección al detective.

En setenta y dos horas, había dicho. No podía quejarse. Estaba recibiendo el servicio por el que había pagado.

Dejó la fotografía boca abajo sobre la mesa. Le sudaban las palmas de las manos. En la siguiente, el fotógrafo les había pillado desde detrás, con las manos entrelazadas.

—Lo siento —dijo el detective.

¿Quién se pensaba que era? ¿Por qué lo sentía, joder? Cuando Robin miró la tercera foto se dio cuenta de que le temblaba la mano. La foto mostraba a la pareja entrando en un club nocturno. La siguiente instantánea, en la que aparecían riendo, había sido tomada cuando salían. En la quinta, Eddie la rodeaba con el brazo. En la sexta, Carol tenía los dedos metidos en el bolsillo trasero de él. Había diez fotografías en total. Las cuatro restantes mostraban la misma escena: su mujer y su buen amigo Eddie en la puerta del apartamento de éste, con el cuello, el

pecho y las caderas pegadas, los brazos de él sobre ella, los ojos de esta cerrados.

Volvió a meter las fotos en el sobre.

—¿Contento? —El detective carraspeó de nuevo—. Quizá esa no sea la palabra adecuada. ¿Satisfecho?

¿Contento? ¿Satisfecho? ¿Quién era este humorista? La visión de Robin se tiñó de negro en los bordes.

El detective le miraba fijamente, sonriendo.

Robin se imaginó saltando por encima del escritorio y clavando sus nudillos en la nariz de aquel bastardo, para luego incorporarse y observar el chorro de sangre que salía de ella. Imaginó al hombre herido tambaleándose sobre sus pies, gruñendo tras la mano que cubría una nariz más que probablemente rota y con el cuello de la camisa formando una franja roja alrededor de su garganta. Robin sacó la cartera y contó mil quinientas libras en billetes de cincuenta, lo último que le quedaba, sacadas del banco hacía menos de una hora. Se inclinó hacia delante.

El detective saltó hacia atrás con un grito. Se apartó la mano de la cara y dibujó una curva de color rojo oscuro sobre el pálido papel de la pared a su espalda. Se recostó sobre la pared, hizo una inspiración y se escupió en la mano. Abrió la boca y sus dientes manchados castañearon. Parpadeó varias veces y luego dijo con voz aflautada y pegajosa:

—¿Eso por qué?

Robin inspiró profundamente. Dejó el dinero sobre la bandeja de plástico del escritorio. Sus pulmones respiraban con dificultad. Se hurgó en el bolsillo de la chaqueta y encontró los cigarrillos y el mechero no recargable. Se metió un cigarrillo en la boca. ¿Había pegado al pobre hombre? Seguramente no. Pero no había nadie más en la habitación y el detective no se había atacado a sí mismo, ¿no? Robin encendió el cigarrillo.

—Lo siento —le dijo a la figura encogida por el miedo. Volvió a meterse los cigarrillos y el mechero en el bolsillo y recogió el sobre—. No sé qué...

Tenía que irse en ese preciso instante. ¿Quién sabe qué ocurriría si se quedaba?

10:25

El invierno en Escocia era demasiado frío para andar por ahí a pecho descubierto. Por eso Pearce llevaba una camiseta. Apretaba los puños, los relajaba y los volvía a apretar. Bajo una piel que se le había puesto de gallina, los músculos de sus antebrazos se retorcían. Juntó las manos de una palmada.

Habían pasado diez años desde la última vez que se había aventurado por aquella zona. Wester Hailes, un par de docenas de bloques de pisos apenas a diez kilómetros al oeste de la ciudad, era un vertedero de madres solteras, ancianos, desempleados, alcohólicos, prostitutas, estudiantes, chiflados, ex convictos, yonquis y trabajadoras sociales bolleras. Las viviendas eran húmedas, la calefacción no funcionaba, había problemas con la fontanería y los ascensores estaban estropeados.

Hacía diez años Wester Hailes era el centro de la droga de Edimburgo. Llegaban yonquis de todas las partes de la ciudad para compartir agujas en docenas de apartamentos abandonados.

Como había dicho la hermana de Pearce, “Las vistas desde el tejado están bastante bien. Subir para pillar el subidón, ya sabes. Al sur tienes las Pentlands. ¿Has visto alguna vez unas montañas nevadas puesto de heroína? Y al otro lado, a veces veo moverse las riostras del puente del ferrocarril, igual que mis venas después de meterme.”

La última vez que estuvo allí llegó tarde. Junto al brazo de su hermana había una jeringuilla, al lado del zócalo. Ella yacía boca arriba, desnuda, con una telaraña de grietas en el techo como única vista. Llevaba muerta dos días.

Quizá las cosas habían cambiado, como decían, aunque haría falta más que una colorida capa de pintura para convencerle. Desde la calle, los edificios amarillos y verdes se recortaban sobre el horizonte. Se sintió arrinconado, prisionero. Se frotó las palmas en los vaqueros.

Un carrito de supermercado boca abajo mantenía abierta la puerta del bloque que estaba buscando.

—¡Oye!

Inclinó la cabeza. En el último piso, un chico adolescente con sudadera de capucha gris se inclinaba sobre el balcón, saludando. Tenía algo en la mano. Sin avisar, lo dejó caer. Pearce se hizo a un lado. El objeto chocó contra el suelo a medio metro de donde había estado, rebotó una vez y rodó hasta detenerse. Una jeringuilla. Plástico transparente partido por la mitad, con el émbolo presionado hasta el fondo y la aguja perdida en la caída. Apartó el carrito de su camino y franqueó la entrada. Menudo cambio.

A la izquierda la escalera. *Subir corriendo los peldaños. Sin resuello. ¡Muriel!* El ascensor estaba justo delante y la puerta abierta ante sí. Con el pecho encogido y los pulmones ardiendo, entró en el ascensor y su boca gris metálico cubierta de marcas se lo tragó. La puerta se cerró con un estruendo que le hizo empezar a sudar por la frente. Un aire rancio inundó sus fosas nasales. Las manos le temblaban mientras presionaba el botón de la octava planta.

Había llegado demasiado tarde. *Déjalo. No había podido protegerla. Olvídalo. Está muerta. No estaba a tu cuidado. Déjalo. Piensa en otra cosa. Concéntrate en el trabajo. Haz lo que has venido a hacer. Concéntrate en el viejo.*

El viejo se llamaba Willie Cant y su madre había ido al colegio con él. Hasta se habían besado una vez, según le había contado a Pearce. Ella le había pedido que no fuese demasiado duro con el viejo. Pearce bajó la mirada hasta la puntera de acero de sus botas marrón claro y pensó en el daño que podían causarle. Bueno, pues no usaría los pies. El ascensor gruñó hasta detenerse y la puerta se abrió con dificultad.

Dos adolescentes le bloqueaban el paso. Quince, dieciséis años. El que llevaba la capucha gris le apuntó con un cuchillo.

Pearce no sintió nada en absoluto.

—Moveos —dijo.

La mano del chico era temblorosa. Miró a su colega y sonrió, burlón. Tenía los dientes amarillos.

Pearce dio un paso a un lado y los jóvenes imitaron su movimiento.

—Fuera de mi camino —dijo Pearce.

—¿Dónde es la fiesta? ¿Estamos invitados?

Los ojos de Pearce escrutaron los del chaval. Castaños y apagados. Sin brillo. Con mucho movimiento. El silencio se alargó. Al poco, el que no tenía el cuchillo habló y la voz sorprendió a Pearce. Era la de una chica.

—Larguémonos, Ross —dijo—. Este tipo es raro.

Los ojos de Pearce se fijaron rápidamente en los contornos de su jersey marrón claro y luego saltaron a Ross.

—Escucha a tu novia, Ross —dijo.

Ella había empezado a moverse. Tiraba de la manga de Ross. Su cabello era tan corto como el de Pearce.

Ross se lamió el labio inferior despacio, con cuidado, como si su lengua fuera un pintalabios caro. En algún lugar más abajo, un perro comenzó a ladrar. Ross bajó la mano y se metió la lengua en la boca.

—La próxima vez —dijo con falsa confianza, y se dio la vuelta.

Pearce les vio subir y desaparecer por la escalera de piedra. La chica gritó algo que apenas entendió y una risa forzada rebotó por las paredes. El nombre escrito a mano de Cant estaba grabado sobre la pintura rosa chillón de su puerta. La letra *a* había sido tachada y reemplazada por una *u**. Pearce sintió cómo se le

*Juego de palabras intraducible. En inglés “cunt” significa “coño”, “cabrón” (N. del T.)

torcían hacia arriba las comisuras de la boca. Deslizó una uña bajo una burbuja de pintura reventada que se desprendió como piel hervida.

Llamó a la puerta con la palma de la mano.

—¡Abra la puerta!

Esperó un minuto mientras observaba cómo el segundero de su reloj completaba una vuelta antes de volver a golpear la puerta. Luego aguardó otro minuto exacto.

—Última oportunidad, Cant.

—¿Qué quieres? —dijo una voz baja desde el otro lado de la puerta.

Bien, veamos. Quiero saldar las mil libras que le debo a Cooper. Y quiero que mamá cambie de trabajo. No es seguro trabajar allí hoy en día. A Cant le dijo:

—Creo que ya lo sabe.

—No lo sé —gimió el viejo.

—Abra.

Poco después, Cant susurró:

—No quiero hacerte daño.

—Muy amable de su parte —dijo Pearce—. Ahora abra la puerta.

Silencio.

—Ábrala.

—¡Vete a la mierda! —retumbó la voz del viejo.

Siguiendo el consejo de Joe Hope, Pearce intentó un enfoque distinto.

—Mi madre le recuerda —dijo, poniendo la oreja en la puerta—. Hilda Pearce. Cuando le conoció era Hilda Larbert. Fueron juntos al colegio. ¿Le suena?

Una pequeña pausa.

—¿Qué vas a hacer?

—Abra la puerta. Hablaremos.

—Dime lo que vas a hacer.

—Me estoy enfadando. Abra la puerta, señor Cant. —Esperó—. Puede hacerlo.

—Dile que tendrá su dinero mañana.

—No quiero discutir de negocios a través de una puerta cerrada.

—Mañana. Lo prometo.

Pearce suspiró profundamente. A la mierda el consejo de Joe Hope. ¿Él qué sabía? No era más que uno de los matones a sueldo de Cooper. Pearce pulsó un interruptor en su cabeza y al momento las palabras le salieron sin cesar de la boca, como las balas de una ametralladora.

—Si no abres la puta puerta en este jodido instante, pedazo de mierda, no me hago responsable de lo que ocurra entre nosotros, ¿me entiendes o tengo que explicártelo otra vez? —Esperó un momento, dio un paso atrás, apuntó a la derecha del pomo y pateó la puerta con el tacón. La bota atravesó la madera y se atascó allí. Saltó un par de veces hasta recuperar el equilibrio. Las astillas le rayaron la bota cuando sacó el pie.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un par de guantes de cirujano. Se ajustaban como una capa extra de piel. Introdujo la mano enguantada por el agujero y buscó a tientas la llave. Sus dedos acariciaron la cerradura vacía, subieron por la puerta y giraron el picaporte. Cerrado. Quitó el pasador y lo intentó de nuevo. La puerta se abrió, pero solo lo que la cadena de seguridad le permitió. Se apoyó contra la puerta, arrancando la cadena de la pared.

El apartamento de Cant olía a vómito seco. Cuando Pearce entró en la casa del viejo, una nubecilla de polvo emergió del pasillo alfombrado. La pared de la izquierda estaba salpicada de manchas de color marrón café. La de la derecha tenía estanterías. Dos. Una planta muerta en cada una.

El viejo había huido.

Pero tenía que estar en alguna parte. Pearce caminó hasta el final del pasillo. La puerta de enfrente estaba cerrada. Había otra puerta a la izquierda, entreabierta. Le dio una patada.

Había una cama individual pegada a la pared. Levantó el edredón y miró debajo. El suelo estaba sembrado de docenas de

calcetines idénticos, grises con filas paralelas de diamantes rojos. Bajó el edredón y llegó al armario en dos cortos pasos. Pomos de latón. La madera oscura rayada en varios sitios. Abrió ambas puertas. Vacío, a excepción de una percha solitaria y más calcetines. La puerta derecha crujió al cerrarla.

Barrió la habitación con los ojos una última vez. Se volvió, salió al pasillo y cogió el pomo de la otra puerta. Chasqueó y se abrió con un quejido.

Cant estaba arrebujado en la esquina opuesta del salón y se mecía con suavidad de cintura para arriba. No levantó la vista. Pearce estudió con ojo crítico la veta de la madera sin barnizar del suelo. El salón se transformaba en cocina con un pedazo andrajoso de linóleo como única indicación del cambio. Meneó la cabeza. La mugre cubría toda superficie en la cocina. Al lado del fregadero descansaba una pila de platos sucios, y en una palangana de agua sucia había más. El cajón abierto al lado del fregadero era donde, presumiblemente, el viejo había encontrado el cuchillo de pan que abrazaba contra su pecho.

Pearce nunca habría podido vivir así. Antes muerto. Se descubrió preguntándose qué había visto su madre en Cant. Bueno, ¿quién entiende a los jóvenes? ¿Lo habría besado ella en la escuela si hubiese sabido que acabaría en este penoso estado? Es probable. Mamá era todo corazón. Siempre lo había sido. Ella entendía por qué había tenido que matar a Priestley.

—Cincuenta libras. —Fijó los ojos en el viejo.

Los labios de Cant se movían. Estaba murmurando. Rezando, quizás. Más le valía hacerlo.

—Pagaderas ayer —continuó Pearce.

Cant se detuvo un momento. Luego volvió a acunarse y a mascullar.

Pearce se movió hacia él.

—No te acerques —gimió Cant. Sus dedos huesudos se aferraban al mango del cuchillo, sus nudillos estaban pálidos y la piel del dorso de la mano estirada. Los hombros le subían y bajaban al tiempo que aspiraba aire en bocanadas desespera-

das—. No te acerques, bastardo. —Se enjugó la nariz con el reverso de la mano. Sus ojos se encontraron con los de Pearce por un instante y luego los bajó para mirar el suelo.

—Del modo en que lo veo —dijo Pearce—, te estoy haciendo un favor. Te cuidarán en el hospital. Comidas gratis. Nada de facturas. Y para cuando salgas, habrás ahorrado lo bastante para pagarle al señor Cooper.

—Oh, no —dijo el viejo, y empezó a gemir. Se puso de rodillas—. Márchate. —Dejó caer el cuchillo—. Por favor. —Con los ojos cerrados, se dejó caer de lado y se llevó las rodillas al pecho.

Pearce cogió el cuchillo. Lo llevó a la cocina, lo devolvió al cajón y cerró este de un golpe. Bostezó.

—Perdona —dijo con la mano sobre la boca mientras caminaba sin prisa de vuelta a Cant. Golpeó su brazo escuálido con la puntera.

Los ojos del viejo se abrieron de golpe. Recogió el brazo y se lo metió entre las piernas. Sus oscuras pestañas aletearon. Un espeso hilo de baba unía la comisura de su boca con el suelo.

—Te daré otras veinticuatro horas —dijo Pearce—. Pero cincuenta libras no será suficiente. —Se pasó uno de sus gruesos dedos por la barbilla, disfrutando del sonido rasposo que hacía—. No has cumplido con el plazo establecido. Eso es una penalización fija de diez libras. Mi tiempo son otras diez. Los intereses, otros diez. Y otros veinte, digamos, por no romper nada. ¿Cuánto hace eso? ¿Cien?

Cant alzó la mirada. Se sorbió la nariz y se incorporó sobre un codo.

—Eres un chico amable —dijo.

Pearce asintió, mirando los calcetines del otro. Grises, con rombos rojos.